

El té con leche

¿Constable? No, a mí no me gusta Constable, o sí, me gusta, pero mis pintores ingleses preferidos son Stanley Spencer y Turner, también Hogarth, porque inicia entre otros de cuyo nombre no me acuerdo, y, ¿qué más da?, esa literatura pictórica, casi novela de costumbres o tira cómica. Claro, me gusta menos la pintura inglesa que la pintura europea, la del continente –le doy otro trago a mi cerveza, es una lager, la de él es una bitter, una pinta, yo estoy tomando half a pint, he has bought me a drink, odio esta expresión, nosotros decimos ¿te ofrezco una cerveza?, o ¿quieres beber algo?...–, bueno, miento, digo, porque hay pintores que me gustan mucho; es curioso, de cualquier manera, porque cuando le digo esto a Keith me mira como lo que es, un intelectual alto, delgado, rubio, muy rubio (o lo fue porque ahora tiene muchas canas), la piel clara, pero con las mejillas muy rosadas, como las jóvenes victorianas de cutis maravilloso (o por lo menos esa es la imagen que dejan las novelas de Wilkie Collins), las cejas espesas y cuidadosamente despeinadas, usa su clásico traje de tweed, vieja escuela, con un aire vergonzosamente posbyroniano, entre hippie y académico, habla con acento de Public School, pero también un buen español, por lo que pasamos de una lengua a la otra, a medida que las dificultades de la mía se acrecientan. Y es curioso porque no le extraña que yo, mexicana, vaya a escribir sobre pintores de su tierra, está de acuerdo quizá porque le gusta y aprecia al Tercer Mundo como a algunos ingleses que también me gustan a mí, Malcolm Lowry y Graham Greene entre ellos, y Keith es de los pocos ingleses que conozco a quienes les gusta mucho Spencer, los otros no lo quieren, representa, dicen, una idea imperial, conservadora, rural, de Inglaterra, no sé, insisto, y Keith asiente, pero a mí me gusta Spencer. –Yo creo, dice él, que sólo hay tres grandes pintores ingleses en lo que va del siglo, Stanley Spencer, Wyndham Lewis y Francis Bacon, yo agregaría, añadido, a Burra: acabamos de salir de la exposición de la Royal Academy, Arte británico del siglo xx. –Sí, me gusta Hogarth, pero Spencer me fascina, ambos hablan de las cosas de la vida cotidiana, por ejemplo, ¿te fijas? Spencer hace que sus figuras se ocupen del lavado de las sábanas, la hechura de las camas, el arreglo de los armarios, y el Cristo y los apóstoles de Cookham están en sus pinturas como si estuvieran en las

regatas tradicionales del verano. –Bien, contesta levantándose, no puede exigirse más prueba de realismo, de vida cotidiana–, ... pero a los ingleses snobs, faltos de clase, interrumpo, más bien de la absoluta clase media, y con deseos de ser nobles, continúa él, esas pinturas parecen representar lo que más detestan, ciertas costumbres feudales que hasta la Thatcher quiere desterrar; –les irá mejor cuando se vuelvan parte del continente –insisto, ya en la puerta del pub. Keith se despide, está impaciente y yo sigo hablando con la misma locuacidad (por la que las mujeres de las novelas de Jane Austen eran castigadas) y rapidez, no se me vaya a ir y no termine mi pensamiento: –Inglaterra es una isla sin mar o es una isla que alguna vez lo tuvo, ahora se ha secado. Me da un beso rápido en la mejilla, impaciente y... ya se ha ido. Me gusta, me gustaría peinarle las cejas con la lengua y quizá hasta otras cosas, demasiado tarde, he desperdiciado el tiempo, como siempre...

Es domingo. Lo espero en Charing Cross, hace mucho frío, traigo un sombrero negro y un abrigo: estoy mal vestida, debí haber venido en jeans y un grueso shetland, vamos a ir a Boulogne sur Mer con Rosita, Brian y Sue: no vamos en avión, tomaremos el tren y luego el ferry, como antes, casi nostálgicos, ahora que muy pronto terminarán el túnel, ahora que muy pronto ya no habrá fronteras; el mar, pienso, ya no existe en Inglaterra, ¿dónde están los barcos que describía Conrad?, hoy hasta los simples ferries naufragan. ¿Recuerdan la catástrofe de Seebrugge, el año pasado? Vamos sentados en el tren, tomando gin, y yo sigo el hilo de mis pensamientos en voz alta, esa Inglaterra es arcaica en cierta forma y por eso me gusta Spencer. Me tomo otro traguito y ya no me importa la sonrisa divertida con la que me miran todos. Hablo y hablo, ellos toman y toman: –Y con el túnel y el mercado común ¿qué quedará de Inglaterra?, ¿se acabará la libra? el único resabio de esa antigua moneda dividida en chelines, peniques, guineas? –seguimos tomando gin, a nadie le importan mis contradictorias nostalgias, puramente literarias, nostalgias que expresan mal mi deseo de que Inglaterra siguiera siendo una isla al tiempo que me gustaría que los ingleses se portaran como si vivieran en el continente, no me escuchan, miran el paisaje, el clásico campo inglés, de

pronto los acantilados, cierto olor salobre, algunas ovejas, un cielo fúnebre. Estamos ya en Folkstone, allí nos subiremos al ferry, seguiremos tomando y mirando el mar, casi tan obsoleto como el té de las cinco en punto de la tarde y los sombreros, aún vigentes en los años cincuenta, cuando los niños del *Señor de las moscas* deseaban con violencia tomar, en medio de su paradisiaca isla desierta, justo a esa hora, las cinco en punto de la tarde, un té con leche en la sala de su casa, dulce interior británico, semioscuro, florecido (cretonas de los muebles y cortinas, flores de las tazas de porcelana y las mamás con sus vestidos Liberty). Y ese té con leche, reflexiono, en voz alta, se vuelve distinto, al aclararse con la leche porque ya no tiene nada que ver con el color de la tez de los swarthy people sobre todo de los habitantes de la India que es de donde viene el té (¿de las novelas de Maugham, de Forster, de Conrad?, no, sobre todo de *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë, pues ¿qué otra cosa es Heathcliff sino un swarthy bastard que habla en lugar de inglés gibberish?/como yo/). Esa gente, digo, en voz alta, que sólo por ser swarthy es sospechosa, repugnante porque ejerce un siniestro atractivo, más vale protegerse contra ellos y hacer que todo combine –hasta la bebida– con el color tostado de los ingleses, cuando van al trópico. Desde hace rato estoy hablando sola, nadie me hace caso, pero insisto: su fairness of skin los obliga a protegerse del sol y si se cuidan no correrán el obvio peligro de que se les desolle (la piel), de otra forma se parecerán demasiado y con peligro a algunos de los héroes de Jane Austen, prematuramente envejecidos por el traicionero sol de las West Indies. El viento del Mar del Norte es duro, frío, helado. Ya llegamos a Boulogne, totalmente ebrios; ellos dormitan, yo hablo y propicio con mi sonsonete su sonambulismo. Un choque y voces en los altoparlantes anuncian que ya estamos en Francia, los despierto; caminamos rumbo a la aduana, llegamos a la

estación, en ese mismo momento llega un tren muy elegante con señoras haciendo juego, con sombrero, pieles; los señores de traje oscuro: los vagones tienen cortinas en las ventanas, las lámparas están encendidas, son las 11 de la mañana pero es invierno, ¿sueño o es el Orient Express, reminiscencia de la entreguerra?; inevitable surge el recuerdo de Agatha Christie, de M. Poirot. El oficial de la aduana revisa nuestros pasaportes, no encuentra la visa en los de las mexicanas, yo no la tengo, he olvidado mi condición de extranjera, de latinoamericana, de indeseable, necesito una visa y no la he obtenido, lo he olvidado, Rosita tampoco se acordó y por ello nos dejan allí tras de la reja como prisioneras: Keith, Sue y Brian tienen pasaporte británico y pueden entrar a Boulogne sin visa, nosotras nos quedamos castigadas, estamos apestadas como los judíos en la Segunda Guerra, permanecemos con las caras largas, compungidas de colegialas tomadas en falta, somos la representación perfecta de las swarthy people, negras como el té cuando se toma oscuro y sin leche, ¿con un gajito de limón?

–Hay que ver con qué cuidado y amor pinta Burra a sus negros o mexicanos en los años treinta –le digo a Rosita, recordando a Malcolm Lowry, del cual todos los del grupo somos fans; Rosita me mira impaciente y le da otro sorbo al Kir Royale que a mí ya se me subió al espíritu y a la cultura: cualquier bebida me vuelve locuaz, ahora, continúo atragantándome, el color tostado de la piel está de moda, y ya no es necesario como alguna vez lo fue, como por ejemplo para Robinson Crusoe, protegerse con una sombrilla cuando brilla el sol, para mantener la fairness of skin que se destruye en la isla desierta, y cuando se regresa a la Isla Madre uno conserva el delicado tono de piel que tan bien les sienta a los ingleses pero sobre todo a las inglesas. –¿Tú sabes qué quiere decir exactamente la palabra “swarthinness”? es muy difícil de traducir, –¿será negrura el término correcto para traducirla?– Rosita me mira indignada, con odio y el brillo furioso de sus ojos traduce exactamente el color de mi pregunta. Los oficiales de la aduana pasan sus ojos sobre nosotros como si no ocupásemos un sitio en el espacio; Keith, Sue y Brian reaparecen, vienen cargados de bolsas y con una inmensa sonrisa entre los dientes blancos que les ilumina las lechosas pieles. Nos enseñan una cantidad exquisita de viandas a la francesa, sacan langostas ahumadas, mayonesa, ensaladas, champagne, paté, pastelillos, chocolates; regresamos a la estación, esperamos un rato el ferry que nos llevará de nuevo a Folkstone (me gustaría que se llamara Fuckstone). Nos metemos en una cabina de primera clase, extendemos nuestras delicias sobre la mesa, abrimos el vino, el champagne, colocamos la langosta en platos de cartón –no lo parecen– bebemos, comemos, devoramos las cantidades infinitas de paté, de hors d'oeuvres, de champagne, conversamos, reímos a carcajadas, cantamos en inglés y en español y de repente, un poco antes de llegar al puerto, exclamo: Y, a todo esto ¿a quién prefieren, a Spencer o a Constable? ◇



Pintura de Francis Bacon